

LA MASONERIA Y LA INSURRECCION.

III.

Antes de empezar a decir lo que aún nos falta sobre esta importantísima cuestión, debo hacer unas breves observaciones con motivo de algunos errores que en estos días hemos recibido. Cuando La Voz de Cuba ve algún desorden, algún abuso, algún mal que pueda causar graves perjuicios a la causa de España, lo combate — si lo es permitido — con decisión y energía, sin preocuparse poco ni mucho de los peligros que pueda correr al proceder de esta manera. Tenemos la conciencia de nuestro deber, y lo cumplimos y lo cumpliremos siempre hasta donde alcancen nuestras fuerzas.

Creíamos que en este particular éramos ya bastante conocidos, y que los largos meses de lucha incesante, tenaz y enérgica con los cantonales y los traidores encubiertos que en esta capital pululaban, habrían sido suficientes para que se comprendiera cuán poca mella hace en nosotros ninguna vez que no sea la del deber y del patriotismo, y que inaccesibles somos a ningún sentimiento opuesto. Algunos hay, a lo que parece, que han olvidado esto, o que por el poco tiempo que hace que se hallan en esta isla, no lo han sabido jamás. A unos y otros, pues, les decimos que será tiempo perdido el que empleen en procurar darnos de la senda que la verdad y el deber nos trazan. No lo CONSEGUIRÁN JAMÁS, sean cuales fueren los medios que para ello empleen.

Vamos ahora a continuar nuestra tarea.

Los que hayan leído con atención nuestros artículos anteriores, habrán visto claramente que nosotros, siguiendo las huellas de los distinguidos escritores que hasta ahora han tratado esta interesante materia, hacemos una marcada y completa distinción entre la masonería y la gran mayoría de los masones. Juzgámdola con la historia en la mano, creemos que la masonería — (entiéndase bien: hablamos de la institución en sí misma, y no de la inmensa mayoría de los individuos afiliados a ella) — es la institución más hipócrita y al mismo tiempo más perversa y perjudicial que se ha visto jamás en la tierra. Considerándola así, siempre perturbadora, siempre revolucionaria, siempre y en todas partes enemiga de las autoridades constituidas, sobornada si son tradicionales, es una amenaza y un obstáculo constante al orden y a la marcha regular en el gobierno de toda sociedad. Ávida de poder, ansiosa de dominar el mundo como quiera que sea, procura conseguirlo buscando donde quiera prosélitos por medio de la propagación sectaria de principios de fraternidad, benevolencia y caridad, que le sirven, en casi todas las épocas, para ocultar su verdadera naturaleza, y para hacerse aceptar de los hombres honrados y generosos, que de ningún modo la aceptarían si la conociesen tal como realmente es.

Tal es, a grandes e incomplicados rasgos pinta, la institución de la Masonería, ya considerada en sí misma, ya en su personificación en sus jefes y miembros más prominentes y activos, como Raoul Rigault, Delescluze, Vermes, Enghel, Fieschi, Piat, Vessier, Florent, Rochefort, y demás monstruos que, como asombro del mundo, se encargaron en París de demostrar la inmensa diferencia que hay entre los principios altamente benéficos que se predicaban cuando se está buscando el modo de escalar el poder, y las prácticas que se aplican cuando se está en posesión de él. Tal es la masonería: pero esta masonería no es la masonería exterior: no es la masonería de las iniciaciones y ritos pueriles: no es la de las columnas simbólicas: no es la que bebe, y canta, y habla de caridad y de moral: no es la que cuenta entre sus filas a tantos hombres bonachones, de corazón generoso y noble: no es, en fin, esa masonería que se deja ver, que discute gravemente sobre regularidades e irregularidades, que imprime folletos, que habla con entusiasmo de Valmiki y del origen del Génesis indiano, de Zoroastro y de las ideas morales en Persia, de Molés, de Hiram, de Pitágoras, de Sócrates, de Galileo, etc., etc., sino es esta masonería de que hablamos, sino la masonería verdadera, la masonería de las tras-logias: la masonería que no se ve; la masonería que dirige; la masonería que ha tenido por órganos y jefes y ejecutores de sus voluntades, además de los que antes hemos citado, a Voltaire, a Robespierre, a Marat, a Carrier, a Santerre, a Louvet, a Fieschi, a Orsini, etc., etc., en fin, la que ha asesinado en París a Luis XVI, a María Antonieta, al duque de Berri, al Arzobispo Darboy y a los rehenes de la Comuna; en Roma a Rossi; en Madrid a Canterac, a Fulgoso, a Quesada y a Prim, etc., etc., y que quisiera hacer lo mismo con D. Amadeo.

Ya sabemos que así se alzarán enérgicas las protestas de los muchos hombres honrados que han dejado atrapar en las logias

de la masonería exterior, afirmando con honrada y sincera indignación que no es obra de iniquidad la masonería a que ellos pertenecen, ni tiene con ella relación alguna; y que si lo fuera ó tuviera esta relación, nunca jamás habrían ingresado en sus filas ni permanecerían en ellas un solo instante.

Respetamos y aun celebramos esta protesta y esta noble y sincera indignación, y la consideramos muy natural. Cuando estas personas entraron en la masonería, seguramente nada estaba más lejos de su imaginación que el que ésta fuera una institución mala, perjudicial y anti-patriótica; y al contrario, la juzgaban excelente, y por esto entraron en ella.

Pero aquí está la historia con sus hechos. Brilla sobre ellos la luz del sol, y no pueden ocultarse. Los crímenes horribles cometidos por las sociedades secretas están a la vista de todos, y gritan con una voz que penetra en todos los oídos. Pues bien, en vista de todo esto, ¿no es un deber de todo hombre honrado que haya entrado en la masonería, el pensar si su candor y buena fe no han sido tal vez sorprendidos, y reflexionar, y proceder sobre el particular a un cuidadoso y concienzudo examen? La indecisión y la pasión se oponen a esto, pero la conciencia lo exige; y el hombre que alberga deliberadamente el grito de su conciencia para no oír más que el de la indecisión y la pasión, esa es ya desde aquel momento de ser inocente, y en mayor ó menor grado es ya cómplice de los crímenes que cometa una sociedad a la que está afiliado, a la cual sostiene, y a cuyos fines coopera con sus contribuciones y esfuerzos.

Los hombres que se encuentran en este caso, alegan por toda respuesta que la masonería a que ellos pertenecen es regular, y que la masonería regular no tiene relación ninguna con la masonería irregular, y menos con esas sociedades secretas que han cometido los horribles crímenes que hemos citado. ¿Y cómo saben ellos esto? — Lo saben porque se lo aseguran sus compañeros de logia, y por que antes se lo aseguraron también los que les indujeron a entrar en ella. Lo saben porque en los manuales, catecismos y reglamentos de la orden, no sólo se dice nada sobre el particular, sino que hasta se prohíbe el tratar de política, y se dice solemnemente que el objeto de la masonería es para y sencillamente la caridad, la filantropía, la filosofía, el progreso. Lo saben porque en las reuniones de las logias se observa el Reglamento, según ellos dicen, y no se habla de política, ni se trata de otro asunto más que los que el Reglamento permite, que son los ya nombrados de progreso, filosofía, filantropía y caridad. Y en cuanto a principios anti-patrióticos y traidores, ¿cómo habrán de suponer que los profetizó la masonería cuando entraron en ella, esos hombres que al oír el grito de la traición corrieron a empuñar el fusil para oponerse a ella, y hasta ingresaron en las filas de los beneméritos y patrióticos voluntarios que constantemente la han combatido?

¡Inocentes! Pues qué, los que saben el verdadero objeto de la masonería — si es que en el Gran Oriente de Colón hay alguno que lo sepa bien — habrían de revelárselo a ellos, cuando de todos modos querían meterlos en las logias y sabían positivamente que de ningún modo hubieran entrado si les hubiesen revelado este secreto? — ¡El Reglamento! Si estos inocentes hubiesen hojeado el de las logias traidoras que en la Habana, Matanzas, Santiago de Cuba, Bayamo, Holguín, Manzanillo, Puerto-Príncipe y otros puntos de la isla estableció el Doctor Castro, habrían visto que era exactamente el mismo que el de las logias regulares del Gran Oriente de Colón. Los mismos catecismos, las mismas ceremonias observadas, cuando el Gobernador de la archidiócesis de Santiago de Cuba los denunció públicamente en una pastoral antes de que estallara la rebelión, ¿no le contestaron indignados, haciendo las mismas protestas que hoy hacen, y diciendo las mismas cosas que hoy dicen, y casi en idénticas palabras, los H. H. de Santhomas? ¡Oh! según su alegato de entonces, nada más inocente que aquella masonería. Ellos eran las masas oscuras de la gran rebelión masónica, que nada más se proponían que la caridad, la filantropía, el amor universal, y en una palabra, convertir a la humanidad entera en una gran familia de amantísimos hermanos. ¿Cómo habrían de meterse ellos en la política, si se lo prohibían terminantemente los grandes principios humanitarios de la masonería, y los preceptos terminantes de su Reglamento?

Y mientras tales cosas imprimían y publicaban, organizaban secretamente la insurrección patriótica, y afluían en las tiñablas del alvepual que habían de clavar en el seno de la patria. Y mientras que, para adormecer a los leales y mantener en las logias a los que estaban afiliados en ellas, se expresaban tan mansa y patrióticamente en sus publicaciones, el traidor Hilario Cisneros escribía a las logias del Departamento Oriental aquella famosa carta de instrucciones, — según nos refiere el mismo Zambrana — los Aguilera, Maco, Osorio, Piñero, Céspedes, Álvarez, García, Márquez y Fernández, todos masones y traidores a la vez, se reunían secretamente, y protegidos por las tiñablas y por la confianza indelebe que les dispensaban las débiles ó obedecidas autoridades de aquellos lugares, algunas de las cuales pertenecían también a la hermandad, se constituían en Junta Directiva y concertaban y organizaban con sus logias la nefanda insurrección.

Ya hemos dicho en nuestros anteriores artículos que también entonces había en las logias hombres leales, a quienes, si los hubiesen dicho lo que ahora decimos sobre los traidores, habrían contestado lo que contestaron las logias al Gobernador de la Archidiócesis de Cuba, y lo que ahora contestaron los autores del folleto de Santhomas. Llegó, sin embargo, un momento en que comprendieron bien lo que pasaba, y hé aquí de qué modo refiere Zambrana lo que entonces sucedió, después de haber afirmado que todo se había hecho al amparo de la masonería. — Algunos masones españoles — dice — habrían concebido FUNDADAS SUSPECHAS, que fueron rechazadas por el Gobernador de Bayamo, E. DE CUBA CONFIAO Y BENEVOLO. El 9 de octubre fué detenido en el ingenio de la Demajagua, por los conspiradores allí reunidos, un correo portador de la orden para redimir a prisión a los conjurados más importantes. — Carlos Manuel Céspedes creyó llegado el momento de obrar. — El día siguiente se escribió con sangre la primera página de la historia de Cuba.

Y aquellos españoles leales que concibieron fundadas sospechas, y que dieron aviso de lo que pasaba, ¿abandonaron después la masonería, ó prefirieron continuar en ella, conformándose con la pueril distinción de regular é irregular, que tan oportunamente se inventó entonces? No lo sabemos. Pueden tener ciertas costumbres, y enerva de tal modo la virilidad del alma el abyecto servilismo de las sociedades secretas.

Los hombres honrados y leales, ¿confundidos benévolos, como el antiguo gobernador de Bayamo, que hoy se encuentran filiales en la masonería, tienen el oído é indelebe deber de reflexionar si no están siendo víctimas de una decepción, y si esta decepción no les conduce a un precipicio, como condujo al Gobernador de Bayamo, "confiado y benévolo" como ellos. ¿Puede ser suficiente para su seguridad la palabra de hombres, de los cuales la mayor parte están en el particular tan á oscuras como ellos, y los pocos restantes están interesados en ocultarles la verdad?

Se dice que la masonería que inició, y organizó, y lanzó al campo la funesta insurrección de Yara, era irregular, y que ninguna relación tenía con la masonería regular, que es la que hoy aquí existe. ¿Y sólo porque digan esto algunos hombres interesados en que así se crea, ha de ser verdad? Los mismos hombres dicen también que la masonería que llaman regular es enteramente pacífica, para nada se mete en la política, y ninguna relación tiene con esas sociedades secretas que hace tantos años están perturbando la paz del mundo y llenándolo de crímenes y sangre. ¿Qué prueba dan de que esto sea verdad? ¡Ni qué prueba han de poder dar, si ellos mismos no tienen ninguna? Y si ellos mismos no lo saben, ¿cómo han de saberlo aquellos a quienes ellos lo dicen, y que no tienen de ello ninguna certidumbre ni garantía que la palabra vana de los masones?

Este punto es interesante, y conviene hacer sobre él algunas observaciones que lo pongan en claro.

El mason, antes de ser recibido en la logia, nada sabe de lo que en ella se hace. Como la sociedad es secreta y él es todavía ignorante, encuentra precisamente en el caso de todos los demás profanos que nada saben de la masonería. A lo sumo, si se ha procurado alguno de los catecismos, ó reglamentos, ó otras obras masónicas que se han dado a luz, aprenderá en todo esto algo del ceremonial, y algunos principios generales, pero nada más que la importancia nominal. No es posible que la tenga. Si la sociedad es secreta, no dejaría de serlo desde el momento en que se dieran a luz sus secretos? Así, pues, la parte que se publica es la que no importa que sea sabida de todo el mundo; y esto y no más es lo que puede aprenderse en los catecismos, reglamentos, y otros libros dados a la imprenta por los mismos masones.

El nefito entra, pues, en la secta, con el pleno conocimiento de que hay en ella secretos que no pueden revelarse a ningún profano; secretos que él irá descubriendo poco a poco a medida que vaya ascendiendo en los grados masónicos; secretos que en ningún caso le está permitido revelar, a lo que él se compromete con juramento solemne y bajo pena de muerte.

Cada mason sabe, pues, los secretos que corresponden a su grado, pero no más. Los que corresponden a los grados superiores, los ignora por completo, y no los sabrá sino paulatinamente, y a medida que vaya ascendiendo esos grados.

Ahora bien, si cada mason no sabe más que de los secretos de su secta, que los que corresponden al grado que ha recibido, y éstos están obligados a callarlos por un juramento solemne y bajo la pena de muerte, ¿qué valen las afirmaciones de ningún mason cuando se trata de la masonería y sus secretos? Cuanto diga tiene por necesidad que ser falso. Si se refiere a los grados que él ha recibido todavía, ¿cómo ha de ser verdad lo que diga, si él todavía no sabe nada? Y si se trata de los secretos de los grados que ha recibido ya, ¿cómo ha de decir la verdad, si se ha obligado a no decirlo con juramento solemne y bajo pena de muerte?

Se deduce de esto, como consecuencia indelebe, que cuando se trata de la masonería y de sus cosas esenciales, toda afirmación masónica, dada al público ó en no particular, tiene por necesidad que ser una afirmación falsa. Se deduce también que los hombres que de buena fe han entrado en la masonería, por cualquiera de las razones que en el artículo anterior apuntamos, cuando hablan de los asuntos de la masonería, no pueden hacerlo más que de pura imaginación. Lo que realmente saben, no pueden decirlo; y si hablan de lo que no saben, ¿qué otra cosa pueden ser lo que digan sino conjeturas más ó menos distantes de la verdad, hijas todas de su fantasía y quizás de su buen deseo? La verdad de lo que realmente haya en la masonería, ellos mismos no pueden saberla, porque los que se encuentran en los grados superiores a los suyos no pueden revelársela. Para ello es necesario que suban al grado absolutamente supremo.

Y ¿cuál es el grado absolutamente supremo? Mucho se equivocaban los que creen que es el grado llamado 31. El General Prim era "individuo del Gran Oriente español del rito escocés aprobado," y Maestro sublime perfecto del grado 33 masónico, y "sin embargo fué condenado a muerte por un poder masónico superior." ¿Qué poder era éste?

¿Quién lo ejercía? ¿Dónde residía? Misteriosos los secretos que nunca han podido aclararse, y que probablemente no se aclararán jamás; pero poco podemos asegurar con certeza que aquel poder misterioso, terrible, implacable, que lanza fragmento la muerte hacia sobre los que se han consagrado constantemente a la masonería y han aumentado grandemente su esfera de acción y su poderío, no reside en tierra española.

Hay en la masonería una serie de gerarquías que los mismos masones no conocen, a menos que lleguen a la que es absolutamente suprema. Hay en la hermandad una solidaridad terrible, una dependencia incesante, una combinación que todo lo abraza, desde el último aprendiz hasta el jefe supremo de las tras-logias — esa organización secreta, traidora, masónica, cuyo centro podemos decir que no se sabe donde está, porque son muy pocos los que lo saben. Esto lo niegan los masones, y no es extraño, porque la inmensa mayoría de ellos no lo sabe, ni siquiera lo sospecha. Pero hasta el buen criterio para comprenderlo, con sólo ver lo que pasa, según confesión de los masones mismos.

No nos dicen los mismos autores del folleto de Santhomas que los masones de Cuba de autorización competente para establecer aquí el Gran Oriente de Colón? Y esta necesidad de pedir permiso para establecerse, ¿no demuestra claramente una dependencia? Y el Supremo Consejo Masónico de Charleston, que sólo data de mediados del presente siglo, ¿no tuvo que acudir a su vez a otro país a pedir autorización para su establecimiento? Y ¿no denota esto claramente que el Supremo Consejo de Charleston, del cual depende la masonería de Cuba, de donde a su vez de otro centro que no sabemos cuál era, hay, pues, una cadena, ó mejor dicho varias cadenas de dependencia, que todas vienen a parar a un último eslabón, y este eslabón, que está cubierto con las brumas del misterio, es el eslabón supremo, el eslabón íntimamente relacionado con todos los demás, y que dirige ó impulsa todos sus movimientos, por más que ellos no lo sepan ni lo crean. Y si se nos pregunta: ¿dónde está este eslabón? contestaremos: ¿Y dónde están los asesinos del general Prim? A uno y a otro envuérvense el mismo impenetrable misterio; misterio verdaderamente masónico; misterio que es quizás el más importante y sublime de la orden; misterio del cual depende la existencia de las tras-logias, y de la espontánea unidad en un centro común de casi todas las sociedades secretas; misterio ó secreto impenetrable, al cual van enderezados todos los demás secretos, y a cuya inviolable conservación va dirigida la constante práctica en que, sobre la conservación de secretos, se ejercitan constantemente.

— ¡Bien es que por mí no se detendrán y que me iré a un lado! — Enríque besó con ternura la preciosa mano de Margarita.

— ¡Entanto Agueda lloraba de júbilo! ¡Había sufrido tanto con la sombría desesperación de su hijo!

— ¡Oh! decía, segura estoy de que habrías muerto Margarita.

— ¡Si, pero y Cecilia?

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

— ¡La tía Josebell dijo Rodolfo.

DE RIBAS
RRIOR
ARCELONA.

anza de los ramos siguientes:

olores,; felpillas, lanas y

o sobre red; frivolité y

as clases.
particular.

la.


TES Y OFICIOS.

certadora-molista y costurera, se
o de toda clase de vestidos para baile,
MARIANO, SANTA LUCIA 2.
12 Gtin

FABRICA
DE
AGUEROS.

CALLE DE LA
LIA. N. 78.-HABANA.

esta fabrica, se hace toda clase de apa-
ra señoras, caballeros y niños, y ade-
y un completo y variado surtido de
30 Ltn



LALTA.

TA-BRAGUERISTA

PARATOS

DE

VILEGIO,

oición á todo construc-
e no sea su dueño,

la cura de Medicina de esta capital
de la Universidad para la reumatismo y
sus complicaciones. Conoídos, asedados y
con. Es decir que a veces los médicos
médico que puede hacerlos es el inven-

En los que dicen que extrañ los que
quedo de ingreñentes, é que dicen acor
todo está en un cuadro y chavato
REMEDIO que hay para las que
marcado o lenguaje, pero ésto que sea
no por un hermita de mucha expe-
riencia se consiguen varias curas, ó
y retención de la enfermedad, pero
hace ver el hermita-lingüerista más
médico.—J. S. Villalón, Obispo de
documentos para las hermanas, y to-
dos para cada uno, todo el día.

MEJEN.

Esas para la extracción de dicho in-
fla Crisiana, Morcra y el de la
tralla; también para la de la Habana
sal; cunera de ropas, calzada del Mon-
te Obiseta da papel sellado que al-
liven las intenciones, señores F. Ma-
yerrilla de heneo y Mérida, por la
varia de venta en esta misma casa.

OLICIDADES.

En la
armería y cerámica de J. José
31, se solicitan dos apellidos.
y 29jn

500,000
partidas de á 200
N HIPOTECAS DE CASAS
OSTERIA Y DE MADERA
TODOS LOS PUNTOS
DOS LOS PUEBLOS.
quiseo entre O'Reilly y plaza de
hera "Sakon Oriental" del Sr. Agui-
ribanda de Gobierno, para de por
velos, D. Angel Alonso, y en auen-
dad de caducidad D. Víctor de
del Monte número 311, informa
uso.
y 29jn

criada para manejar un niño. Obis-
resales.

APATERIA.

de las de obra prima. Reina 33.
1843jn

compras de los merces como de 20 años
usa buena costura y repostería á la
criolla, y la otra general costurera y
En la calle de Aroca n. 28, duran

LOLO!

HACENDADOS.
que ha administrado ingenios y
de Jamana, perfectamente identifica
da de cultivo de la Luisiana y cultivo
sabien la fabricación del ron. División
abajo por tareas, según se acostum-
PLANTAS INDIAS: desea encontrar
iendo dar las mejores referencias de
eligenia y bondad.
Administrador de ingenios, imprenta
ercial, Empedrado n. 8.—Habana.
12 1/2

**OPERARIOS DE
CAJONERIA.**
largos en el armario pueden ganar
te. Consulado n. 147. 6 3/4

S DE CAJALERÍA, *se solicitan*
del Obispo n. 53. 3p10p

peninsular, desea educarse en una
cular, bien sea para años de Haves o
pañar a una señora, informará: Vi-
da del Norte 142. 5 1/2

INERO.
todas cantidades con répitico de ca-
parte a otra garantía. El portero in-
San Ignacio n. 55. 3p10 1/2

14 1/2 años desea colocarse en una
da familiar. De más procura dar
calle de Añua n. 20. 4 1/2

mayordomo para ingenio y que en-
fuerzamente Habana 130 impondrá.
8 1/2

muchacho de 14 ó 16 años, que sea
sido de que aprenda a habilitar ca-
ya y á despachar. Se necesita que sea
pers nas que respondan por él.
4b12p

PERDIDAS.
rueces á Santo Domingo se estravió
se en la vana equiva-
en su lugar de la otra.—Para ése
pueden dirigirse a la calle de Tenie-
540

que aquello era un pastel, y que
ar tanto alboroto para dejarse
miera.
«¿Qué es su luz?», y comenzaban
se todos los gatos; con lo cual, can-
y otros fascinados de charlar a
sus casas. Nuestro joven, des-
as fué preciso, al tránsito de
a la zaga de ella por entre las
dijinal, alegróse cuando la vio
darse luego a dudar de la
forzar la primera esquina que
ar también un poco de aire li-
trecho, aturdído y estropeado
que acababais de pasarle,
nar alimento y reposo, y come-
yó a otro buscando una muestra
navento de Capuchinos se le ha-
co al viento, por donde él se
más rebeldes estaban en desban-
seuchar un rato, y como oyóse
el siguiente día, tentó el di-
o a espada, pareciéndole que
quien tanta cosa buena había
do, por todo lo que había visto
que estaban las cosas, y a
poner de su parte a los que au-
gritó en tono y forma de
nal que un pobre palarde les di-
o en materia de pan se hacen
Yo me entiendo. Pero al fin, ya
mido que no llora, no mama, ya
gente ha sacado hoy los ojos
n razón a los logreños, hiérase
lo tanto picaró como hay con
que aguar está que gualen al
ya nadó a la mano; que no pa-
zados y atrevidos a medida que
des... Por acá en Milán, no de-
so: lo creo sin que me lo juren.
a esos pícaros tenga, como suele
otra en Milán; si en la aldea es

